



MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(XIV)

Estaba yo apoyada en el quicio de mi puerta porque me venía la depresión, y buscaba en la libertad de los espacios exteriores el aire que le faltaba a mis espíritus, cuando me llegó un telegrama de Trotski.

«Estoy haciendo la revolución soviética. Stop. No cantes más la machicha. Stop. Vente conmigo a Moscú. Stop. Leon».

Corrí a mi habitación para consultar el calendario: septiembre de 1917. Pensé: «Si no me doy prisa no voy a llegar a tiempo». Y tal como lo pensé, lo hice. Cogí un taxi y me planté en la estación Victoria. Desde allí hice una llamada a Winston.

—Me voy, Winston. Me voy a Rusia, que va a haber una revolución y quiero contribuir a la marcha ascendente de la Historia.

—My dear, no seas utópica. Acabo de recibir un telegrama de Kerenki, en el que me dice que todo está controlado y que los bolcheviques son minoritarios.

—Que a mí me lo dice el corazón, Winston. Que a Leon, en cuanto se le mete una cosa en la cabeza la hace. Tiene mucha voluntad.

—Haz lo que quieras. En cualquier caso será una interesante experiencia turística.

—¡Desalmado! ¡Reaccionario!
Y le colgué. Tardé quince días en llegar a Rusia en un pesquero danés que conseguí contratar en Fionia. En la playa donde me desembarcaron me esperaba un enviado de Trotski, un hermoso eslavo con los ojos cual carbones encendidos y una musculatura

de atleta que se adivinaba bajo el abrigo de astrakán. Quedé inmediatamente enamorada del bellissimo bolcheviche, que me trató con esa dureza característicamente defensiva que los hombres emplean hacia las mujeres que les atraen.

—Dese prisa, señora, que se me escapa la revolución. Estamos a 3 de octubre.

—¿Con esos ojos, se te escapa a ti algo, hermoso?

Ya lo tenía colorado y bien colorado, y sólo me hizo falta pasarle el terciopelo de mi tacto por su frente pálida, en la que bullían las venas alimentadas por el mejor marxismoleninismo, apenas adulterado por un 5 por 100 de plejanovismo.

—Qué pálido estás. Te haría falta una temporada en una playa cálida.

—Es que...

—Nada. Vamos a mirar el mapa.

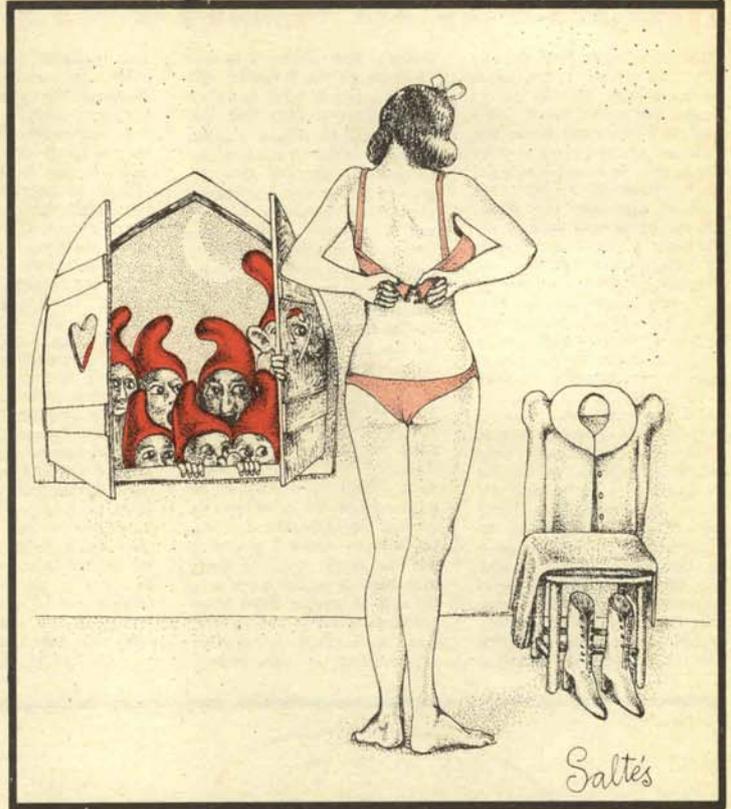
Me saqué el mapa del escote, lo que terminó de ponerme tembloroso, y lo extendí sobre sus rodillas (no hay que olvidar que para entonces ya estábamos sentados en un trineo). Señalé con un dedo un lugar indeterminado del Sur de España.

—Aquí hace buen tiempo todo el año.

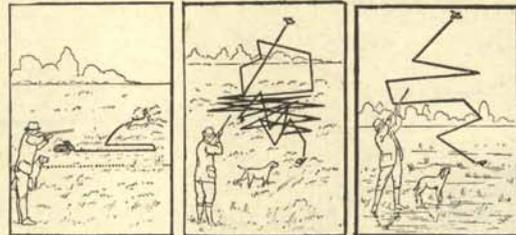
—Es que...

Pero ya le cerraba entonces sus labios con los míos, y cinco horas después nos amábamos como cosacos (a pesar de que él era un señorito de San Petersburgo) sobre la cubierta del perplejo pesquero danés que nos llevaba hacia España.

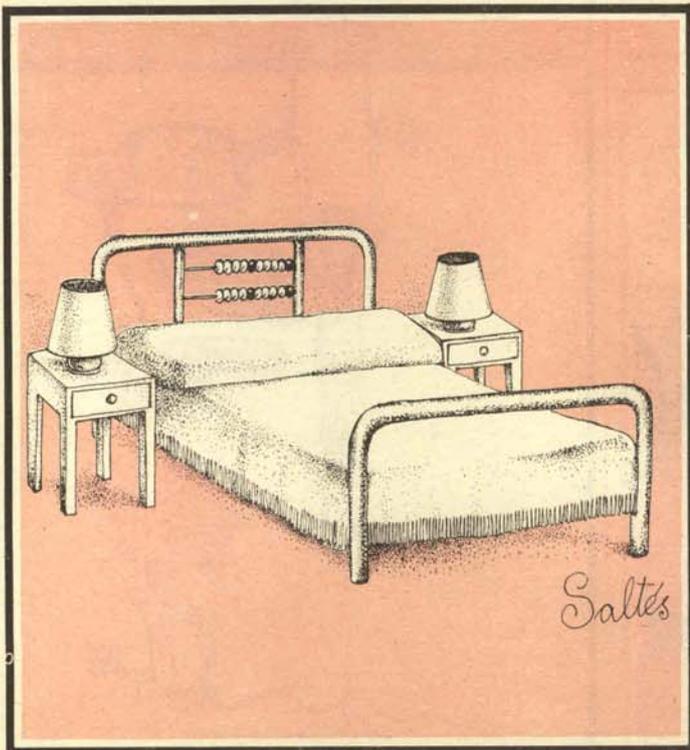
(Continuará)



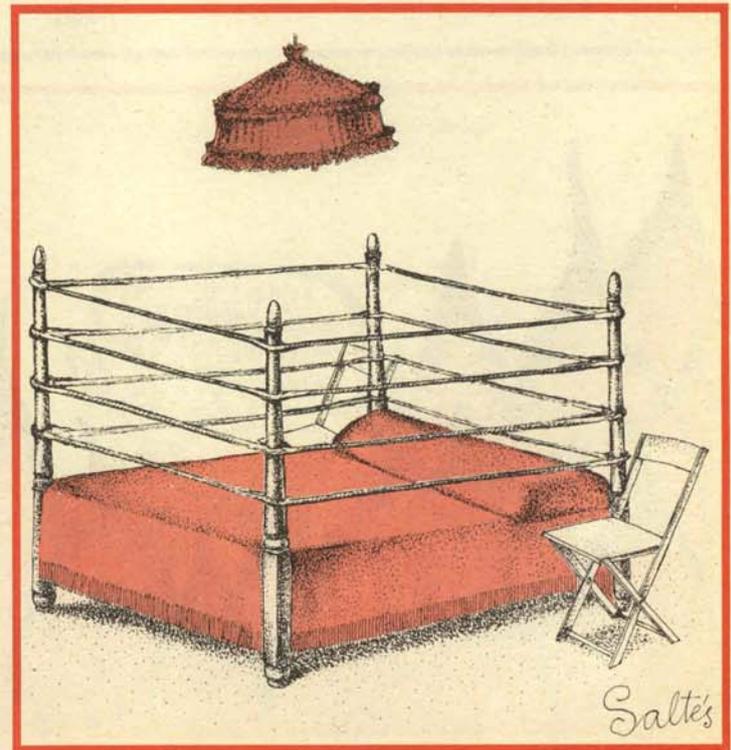
Saltés



SE ha levantado la veda de los precios, que desde ahora pueden volar y subir por donde les de la gana. Ingenuamente, algunos ciudadanos, se han lanzado a caza de precios con resultados poco satisfactorios hasta el momento.



Saltés



Saltés